

Tres Cuentos

Por Gabriel Henao Mejía

EL CIMARRON

La había creado a golpes de hacha y a golpes de azada y a golpes de audacia también; aún perduraban en sus manos y en su memoria los testimonios, ya secos, de su esfuerzo. La había aligerado de muchos sueños y fatigas. Era suya al fin, tras años duros y largos en que la brega maduró los músculos y las esperanzas. Su verdad, la buscada y amada, estaba allí verde de promesas y de goces. La tierra olía a su propio sudor, talvez poseía la sal de sus lágrimas. A medida que los surcos aparecían en las eras, en su rostro también los marcaban los días y las penas. Anublaban las espigas el paisaje y sus sienas también. Los claros en el bosque se retrataban en su cabeza. Pero ya era suya y no sólo promesa sino verdad. Si tanto se le parecía.

Los pastizales se doblegaban en ofrenda para las vacadas. Los frutos llenaban las trojes. Las cosechas eran pingües. El verde de todos los matices alumbraba lo suyo, desde el embrión que revienta hasta el fruto en sazón. De la azada había pasado al arado, del candil a la bombilla eléctrica, de la alpargata al guayo, de la mula al jeep. En verdad que la hacienda progresaba. La carretera rubricaba con su huella de siena los contornos de la finca, sembrando de rumores nuevos la comarca y de nuevos afanes la mente del patrón. Diariamente viajaban los productos de la hacienda a la ciudad, en busca de mejores mercados. Las utilidades eran buenas, pero el esfuerzo más grande. Cada día mil fatigas, cada noche mil prospectos. Pero todo inundado de una alegría elemental, de un ímpetu cordial al que nadie se sustraía.

Los hijos mayores apenas si conocieron la escuela rural, silabeante y fugaz. Los más recientes ya estudiaban internos en la ciudad. Aquéllos eran bravos peones en la faena de la finca; éstos copaban buena porción de las utilidades. Pero ni aquéllos reclamaban, ni estos se excedían. Cada cual aceptaba su destino sin regatearlo, ajeno a las cicaterías y a las comparaciones. El viejo era duro como la vida, la madre buena como la tierra. Y todos tan felices en aquel pequeño mundo sin historia que no habían roto malas ambiciones ni torcidos empeños.

Pero un día vino la oferta. Era tentadora en verdad. Hubo consejo de familia. Y tras el sueño —señuelo— de una vida cómoda, aceptaron el canje. Un vistoso edificio para oficinas en la ciudad, con renta fija, fuerte, fácil, a cambio de todo aquello que eran cincuenta años de dura lucha, de constantes afanes, de tatuajes sin cuento impresos en la memoria y en la piel de todos. Hubo un silencio húmedo de lágrimas tras el arrancón de aquellas gentes, que dejaban ahí mucho de su vida, de sus atributos humanos, de sus razones espirituales.

Vinieron a la ciudad y se acomodaron con relativa facilidad. Aún los mozos con ademanes de peón y la madre buena como la tierra. Todos, menos el viejo. Cada instante, cada circunstancia, lo remolcaban al pasado: lo arrastraban —al garete de la memoria fiel— a lo que antes fuera, a su hacienda irremisiblemente ajena y lejana. El recuerdo clavaba su espuela dolorosamente en el discurrir de aquel hombre, cuya figura, trabajada bruscamente, desentonaba en ese medio descolorido y endeble. Una hispida isla en el torbellino de la urbe febril y febril.

Alguna distracción y goce encontró en un principio visitando su edificio. Dialogaba con el portero y con el ascensorista y con las barrederas. Sin embargo éstos carecían de aquella elemental franqueza, desabrochada y cordial, que poseían los trabajadores de la hacienda. Caminaba lento y observador por todos los pasillos y vericuetos del edificio, deletreando —con su cultura elemental— los rótulos que filiabán sobre las puertas a los titulares de las oficinas. Y escuchaba, queriendo adivinar rostros y movimientos, las conversaciones afanosas y el desesperado ritmo de las máquinas; lo hacía de una manera subrepticia y huía rápidamente al menor ruido revelador de que una puerta se abría o alguien se acercaba por los pasillos. Tenía una distracción especial: en el piso intermedio, plantado frente a la puerta del ascensor, seguía con interés el itinerario del mismo marcado en la aguja indicadora 1 2 3 4 5 4 3 2 1 2 3 4 5. Medía las pausas, imaginaba el cupo, contaba los viajes. Pero cierta vez en que una breve distracción no le permitió huír oportunamente cuando el elevador se detenía en el piso intermedio, se abrió la puerta y atropelladamente salieron unas muchachas dicharacheras y unos hombres tristes que casi se lo llevan de calle. El ascensorista siguió su itinerario sin fijarse en él. No volvió ya más a gozar de ese ingenuo regusto.

En algún opaco ángulo del edificio, sintiéndose un intruso y un estorbo, se daba entonces a recordar —por la enésima vez en cada día— la hacienda lejana y ajena en donde antes fuera dueño y señor, acatado y bien visto, duro de voz para mandar, pero blando de corazón para comprender; estricto para pedir el cumplimiento del deber, generosamente discreto para socorrer y aconsejar. A aquel seco tac tac de las máquinas, a aquel sordo bullicio de la ciudad, seguía él prefiriendo la cronométrica trompeta del burro, las ranas y los grillos en su desajustada sinfonía, el gallo montañero, la vacada cordial, aún el lento discurrir de las aguas acompasado por el rumor del viento que embestía en la fronda.

Al final del primer mes quiso cobrar personalmente los cánones de arrendamiento, como lo hacía cada semana en la plaza del des-

mirriado poblacho nativo con los productos de la finca, rodeado de acatamiento y de honestidad. No se atrevió sin embargo. Recurrió al hijo que ya estaba en trance de bachiller. Hubo tardanzas y disculpas, pero al fin todos pagaron cuando ya promediaba la otra mesada. Mucho dinero en verdad, pero los gastos se habían multiplicado. Además, el portero y el ascensorista y las barrenderas se habían marchado y urgía su reemplazo. Había reclamos y solicitud de reparaciones y él conocía a pocos en la ciudad. Si era un recién llegado con la memoria pegada a la finca lejana y ajena. Por otra parte, alguien entregó unas oficinas. Para arrendarlas de nuevo era preciso calcular el cánón multiplicando su área en metros cuadrados por un tanto convenido. El no sabía nada de esto y su hijo en trance de bachiller tampoco. Entonces recurrió a una agencia administradora de bienes.

Ella lo hacía todo. Pero llegó la granizada de cuentas: comisiones, impuestos, reparaciones, prestaciones, subsidios, sueldos y más aún. Pero sobre todo sueldos de porteros, de ascensoristas, de barrenderas, que pasaban la mayor parte del día sin actividad ninguna, quietos, inútiles, lo que ni él ni los suyos habían hecho nunca antes. Muchos términos de las cuentas no los comprendía, pero no los regateaba. Pocas veces iba ya al edificio. Había comprendido que era incómoda su presencia allí. No conocía a sus empleados; el portero, el ascensorista, las barrenderas, todos lo miraban —se lo figuraba él— como un intruso, casi sospechoso, casi estorboso. La Agencia se encargaba de todo, pero él tampoco se atrevía a visitar la Agencia. Y para qué, si cada mes, con relativa puntualidad, llegaban las cuentas, un arrume de papeles que él no comprendía bien pero que tampoco discutía; unas cuentas muy detalladas y muy subidas, y un cheque adjunto, lustroso de novedad para él, pero que carecía a sus ojos y a su tacto del calor y color de los viejos billetes estrujados y sucios y aún malolientes, pero con nimbo de validez inmediata, de legalidad intrínseca que no requería ni de endosos ni de bancos, ni del auxilio —ahora sospechoso— que le prestaba su hijo ya en trance de bachiller.

En la esquina central, frente a su edificio, se ubicaba todos los días. No tenía más programa. Desde allí contemplaba su edificio, lo suyo; todo lo suyo ahora, porque la familia era también ya algo ajeno como la hacienda; la comodidad, el despilfarro, la fatuidad de nuevos ricos, los había arrancado de la vida común y cordial y cada quien echó por su lado en busca de emociones no soñadas, de favores no conocidos, de goces no aprendidos. El edificio era todo lo suyo ahora, y también su recuerdo, que ese sí que era también suyo y suyo nada más.

Y allí, situado en la esquina de en frente, miraba hacia arriba. Cada día un interrogante. Un vidrio roto; quién lo rompería? Una ventana cerrada; por qué no abrirían hoy esa oficina? Una muchacha acodada a la ventana; qué pensará? Y el portero y el ascensorista y las barrenderas, quietos e inútiles, chismeando en la puerta del edificio. Y seguía mirando hacia arriba hasta que le dolía el cogote. Recordaba que su finca la dominaba entera desde una colina, desde allí se gozaba en verla a sus pies, suya y promesera. Ahora él era el de abajo y lo suyo estaba arriba, muy allá y muy ajeno a su vida. La finca tenía calor y olor de cosa amable. Y forma de nido. Esto de ahora era

Gabriel Henao Mejía

gris, frío, aristado como una roca. Ahora si se sentía viejo. Viejo de años y pesares. Solo, en aquella esquina central, con su soledad que no estorbaban las gentes a su lado, en frente, atrás: las gentes que caminaban y gesticulaban y hablaban afanosamente para poder superar el ruido ahuecado de los vehículos que sin pausa desfilaban por ahí. Solo, muy solo a pesar de la musiquilla jadeante que el tocadiscos molía en el café vecino. Y miraba el edificio sin amor, apesadumbrado, casi con cólera. Le dolía el recuerdo. Se miraba las manos encallecidas, con rastros secos de su faena cincuentona y comprendía la inutilidad del esfuerzo, la vacuidad del empeño, la nada de sus ilusiones.

Un día, uno de tantos, con programa igual, el corazón se le fue haciendo un nudo, un nudo que le dolía y lo estrangulaba. La gente giraba rápida y grotesca frente a sus ojos ya enrojecidos, saltones; el ruido de los automotores le penetraba hasta las vísceras; la musiquilla jadeante del café vecino le hurgaba los oídos. Sudaba. Sintió náuseas y lo último que su retina copió fue una mole gris, fría, aristada como una roca, que se fugaba más allá de su vida, con un paisaje al fondo en forma de nido.

Mucha gente lo rodeó. Allí estaban el portero, el ascensorista, las barrenderas de su edificio. Y también mecanógrafas, oficinistas, secretarios, mandaderos, toda esa fauna gris que rellenaba su edificio.

El policía, gravemente, preguntó: Quién lo conoce?

Todos se tragaron el anzuelo del interrogante sin que el policía pudiera rescatarlo.

EL NUEVO ADAN

Los telares aún evidenciaban su parentesco con la rueca. Aún el brazo tenía más ingerencia que la máquina en la elaboración de la tela. Aún había más arte que eficiencia en la urdimbre. La inteligencia aún dominaba en la labor de tejer, frente al parsimonioso y elemental artefacto. Aún los verbos pertinentes podían conjugarse en primera persona.

Adán Colmenares había montado los telares. Requirió para ello unos meses de estudio y unas semanas de labor intensa. El ponía en todos sus empeños un fervor casi angustioso. Siempre había sido así. Era un hombre de su tiempo: amaba el progreso y creía en su muleta imprescindible, la técnica. Pero la vida le había negado los complementos pecuniarios para salvarse por sí solo. Y se convirtió sumisamente en un sembrador de ideas para que otros se lucrasen con ellas. Su mejor oportunidad le llegó cuando le dieron el encargo de montar el equipo de la nueva fábrica textil.

Ahora la docena de telares se movía con ritmo, en un lento ajetreo de los mecanismos que iban trazando los hilos con precisa oportunidad. Un rumor de colmena apenas audible para él, marcaba la eficacia de la labor, señalaba el rendimiento del proceso, determinaba el nacimiento de la producción mecanizada.

Adán Colmenares nunca olvidó el suceso de la inauguración de la fábrica. Una alegría ingenua llenaba los rostros y las almas de los

patronos y de los operarios. Y un orgullo —también ingenuo— escarbaba su cerebro por saberse la mano maestra, la mente ingeniosa de todo aquello. Por tácito acuerdo, todos desde entonces le llamaron el maestro Adán. Era el jefe de personal de esa empresa cuya filiación social por entonces, era estrictamente familiar.

Pero las fábricas, como los niños, crecen y se complican. Y el maestro Adán, a base de práctica, y estudio, se convirtió con los años en un auténtico experto en el manejo y sostenimiento del equipo de la empresa. Vivía atento a los avances de la técnica. Ese era su sino. Los catálogos de maquinaria textil eran ahora su lectura obligada. Y él se encargó de convencer a los patronos de que ya era necesaria la sustitución del equipo por otro más moderno si se deseaba frenar la competencia y atender con oportunidad la demanda. Los patronos aceptaron su obsesiva insinuación y lógicamente, por imperativos económicos obvios, la sociedad se convirtió de familiar en limitada. Eran muchos los telares y ya no demostraban tan ostensiblemente su parentesco con la rueca. Menos parsimoniosos, más eficientes, apenas mantenían el equilibrio entre la labor humana y el trabajo estrictamente mecánico. Ahora la acción del verbo estaba compartida.

El maestro Adán era ya jefe del departamento de sostenimiento, tenía mejor remuneración y un ámbito de trabajo más espacioso. En ese, que él llamaba devotamente "su paraíso", solo echaba de menos aquel rítmico y apenas audible rumor de colmena de los viejos telares. Porque las máquinas ahora tenían un poco de vida propia, cierta personalidad muy definida que requería un poco menos la inteligencia del hombre y un poco más el fluido eléctrico.

Adán Colmenares tenía un hogar y un círculo de amigos muy bien constituidos. Pero allí, en la sección de telares, estaba su mundo, labrado por él, casi a su imagen y semejanza, y a costa siempre de su vida familiar y social. En "su paraíso" había puesto todas sus complacencias, todos los mejores años y esfuerzos de su vida. A su vocación, a su deber, a su labor, tres nombres distintos de un mismo afán, había entregado su talento y también sus sueños. Ahora el orgullo escarbaba más persistente en su cerebro, apenas con una dosis media de ingenuidad. Había aprendido a dialogar con las máquinas y les había otorgado, por virtud de sus obsesiones, un soplo de vida propia digno de mejor uso.

Pero las fábricas como las ciudades deben crecer y complicarse. Adán Colmenares continuaba rebuscando en catálogos y revistas especializadas todo lo que la técnica pudiera ofrecer en su especialidad. Nuevamente convenció a los patronos de la urgencia de renovar el equipo. Accedieron, pero lógicamente, por imperativos económicos obvios, la sociedad se convirtió de limitada en anónima. Ahora los telares se contaban por centenares. Ya el hombre era apenas una parte mínima en el funcionamiento de la máquina y nadie podría señalar un remoto parentesco de aquellos artefactos con la rueca. La acción del verbo se había despedazado, toda la labor debía conjugarse en forma defectiva.

Naturalmente el desarrollo técnico iba un poco más aprisa que los conocimientos del maestro Adán y ya su cerebro por virtud de los años y el pensar obsesivo se había anquilosado un tanto para el saber

y para el soñar. Su quehacer de ahora estaba supeditado a los controles electrónicos y "su paraíso" era ya un hacinamiento barroco de equipos que escapaban a su vigilancia y —lo que es peor— a su afecto. Las máquinas poco requerían del hombre, tenían ojos y brazos más eficaces y hasta un cerebro mecánico más rápido que el del hombre para ciertos menesteres. El diálogo se había cortado abruptamente y ahora el maestro Adán sí echaba de menos, absolutamente, aquel rumor de colmena, apenas audible para él, de los viejos telares que él había montado con tanto devoción hacia treinta años.

Lógicamente el maestro Adán ya iba sobrando allí. Y él lo supo. Comprendió que su ambición de progreso, su afán por la técnica, su desinteresado empeño por el crecimiento de la empresa lo habían perdido. De aquel viejo orgullo que escarbó tantas veces su cerebro apenas quedaba la bobalicona marca del bien que se nos va sin nuestra voluntad. El sabía de lo efímero del título que ahora le daban, por acuerdo tácito también; ya era don Adán Colmenares para todos, pero en ese "don" no gratuito, él presentía una limosna, un pequeño sedativo para lo que vendría.

Una vez, sin avisárselo previamente, lo llevaron a la gerencia. Le habían preparado un agasajo íntimo. Lo despidieron con una jubilación y una medalla al mérito, preseas de su desvelado afán de treinta años, según afirmó el gerente con estudiada emoción, a tiempo que le señalaba la puerta alegando citas urgentes que le impedían dilatar el homenaje.

Cuando Adán Colmenares cruzó el umbral, por primera vez en su vida se adentró en sí mismo, se acordó de sí. Y cotejó la teoría de su vida con otra ya lejana. La del primer Adán, al que Dios condenó a ganar el pan con el sudor de su frente, que a eso casi equivalía su propia jubilación, que lo condenaba irremisiblemente a ser siempre un subalterno. Recordó entonces que aquél otro Adán su ascendiente más remoto había sido condecorado con una hoja de parra, equivalente a su medalla al mérito. Todo por haber querido —los dos, el viejo y el nuevo Adán— ramonear sin prudencia, ambiciosamente, en el árbol de la ciencia.

"... SERAN LOS PRIMEROS"

Sólo un gran salón a la orilla del río. Lo único que quedaba en pie de aquella empresa de minería. Antes el río fue caudaloso. Ahora casi un riachuelo, corriendo perezoso sobre el pedregal. La selva, con el correr de los años, había ido estrechando el ámbito de la factoría. La piedra detuvo el cerco lento pero pertinaz a cien metros de la casa, que ya no era sino ese largo salón, de ventanales altos y encogidos, cuyos muros tenían una piel añosa y un color imposible. El río arrastraba oro. Y las gentes de la ciudad enterraron allí su dinero para multiplicarlo. Pero el río era cicatero. Y los sueños de los empresarios rodaron río abajo tras el señuelo dorado. Levantaron el equipo tras el fracaso y la casona quedó sola, cayéndose a pedazos. Sólo permanecía en pie aquel espacioso salón que el río lamía sordamente en sus cimientos.

Hombres violentos lo tomaron por cuartel. Desde hacía meses era base de operaciones de una cuadrilla de forajidos. Cada amanecer llegaban; unas veces muchos, otras muy pocos. Algunos no regresaban después de la incursión. Nadie indagaba si habían muerto, o fueron apresados, o simplemente habían desistido de su empeño alevoso. Algunas veces aparecían caras nuevas que a nadie sorprendían; se sabían escudados por el odio y por la selva y sobraba por tanto la cautela. Los nuevos engrosaban las filas, tomaban un arma y eso era todo. Ni había desconfianza entre ellos. Ni tampoco afecto. Simplemente solidaridad en la aventura que cada uno juzgaba de manera diversa y que todos sabían peligrosa.

Habían empezado a tomarle afecto a aquello que casi era para ellos un hogar. La única propiedad, el único sitio de reposo en la vasta geografía regional. Lo poco de amor que les quedaba se afincaba allí, otorgándole un algo de acogedor a la vieja construcción. Acaso la tibieza inexpresiva del ambiente les devolviera, por el camino del recuerdo, lo que fueron, lo que poseyeron, lo que esperaron en tiempos anteriores que para ellos y para sus vidas ya no tenían la virtud de la edad. El diálogo era escaso, pero el sueño largo. Los planes de cada asalto se hacían al anochecer, ya en plena selva. Lo mismo la comida. Ni siquiera el botín se guardaba allí. Apenas el reposo tenía cabida en la vieja construcción. Y también el olvido. Y quizás el perdón.

Pero aquel día no había olvido, ni sueño. Porque las circunstancias habían variado. Ya eran solo seis y estaban cercados por el ejército. Lo adivinaron desde antes. Lo habían previsto siempre. Lo sabían ya. Pero tenían con ellos un rehén. Cuando se sintieron acosados enviaron a Julián hasta la aldea vecina. Este solicitó al cura un servicio indeclinable: la confesión de un moribundo. Y lo condujo allí antes de que el cerco fuera agobiante. Ahora tenía un rehén —un pararrayos pensaba Julián— para evitar la muerte o el presidio.

Lo ataron sin protesta ni sorpresa al poste central que sostenía el andamiaje del cobertizo. Las manos y los pies sujetos. A Julián no le gustaba aquello. Lo apodaban “el niño”. No se acordaba ya del inicio de su orfandad, le parecía que había nacido con ella. Aún era casi un niño cuando ingresó al grupo bandolero, sin saber cómo. No había matado a nadie. Ni tampoco robado nada. Lo utilizaban de enlace y no le pedían más. Hasta aquel día en que se prestó para la celada del sacerdote, que ya le recordía de veras. Ahora no comprendía bien por qué el sacerdote aparecía tan tranquilo, por qué no forcejeaba, por qué no protestaba. Había visto morir a muchos y ninguno se había portado así antes. En el camino el sacerdote no le había preguntado nada. El habría sido incapaz de mentir por segunda vez. El remordimiento le caminaba ya por el sendero de las lágrimas.

—Tenemos un sacerdote con nosotros, gritarían en el momento oportuno. Era su plan.

Hipólito, “Barbecho” le decían sus compinches, fue el que más dureza demostró en la maniobra de atar al sacerdote. Era el jefe; fue policía alguna vez, prófugo de la justicia más tarde; después se hizo comunista y se alzó en armas.

—Hay que requisarlo dijo Pablo, fosca la modulación y el semblante. Pablo había sido agricultor desde la infancia. Un día la violencia acabó con las cosechas. No había trabajo para nadie y la invitación sediciosa de Hipólito lo tentó.

—Qué le encontraron?

—Esto, dijo Machaco, nada más. Y mostró a todos un rosario de grandes e ingenuas cuentas negras. Lo colgó de un clavo; se diría que casi con respeto.

Julián quiso apoderarse de él, pero el jefe lo atajó violento:

—Deja eso que es de mal agüero. No dijo más y continuó apretando las cuerdas.

—No tan fuerte, dijo Machaco, de quien nadie sabía si era un nombre o un apodo. Macheco se encaró al jefe resueltamente. Una vez lo armaron para combatir el bandolerismo. Después lo persiguieron como portador de armas oficiales y ahora era aliado de sus enemigos de antes.

A Julián le dolían las cuerdas en los brazos, en el vientre, en las piernas, en el corazón. No quiso mirar más.

—Hay que atarlo bien, los curas saben soltarse. Algunos dicen que hacen milagros. El que hablaba ahora era el “Carbonario”. Así lo llamaba Pedro, y Pedro era el que más sabía del grupo, el que mejor se expresaba, el único con un asomo de cultura. “Carbonario” era un veterano de Corea; cuando regresó no pudo encontrar un empleo e Hipólito lo enganchó en la aventura.

A Pedro lo llamaban doctor y Julián nunca había podido comprender por qué Hipólito y no Pedro era el jefe. Si sabía tanto, si hablaba tan bien. Pedro estudiaba Derecho; un día asaltaron la hacienda de sus padres y les dieron muerte. La hacienda la titularon otros y abandonó el derecho para acogerse al hecho.

—Háganle nudos ciegos; que no pueda mover ni los ojos. Esto lo ordenó Balbino que tenía la voz cascada y el pulso no muy firme. Los caciques de su partido lo habían contratado para la violencia y hacía años no sabía ni de su mujer, ni de sus hijos. Se desengañó de los caciques que instigaban desde la sombra sin afrontar el riesgo, pero ya era tarde para regresar y tenía arrugas en el alma, más profundas quizás que las que marcaban su rostro. Solo un odio imprecisable le quedaba y a él se arrimó. Un odio sin nombres, sin ubicación.

—Ya está bien amarrado, dijo alguien. No se suelta ni con la ayuda de las once mil vírgenes.

—No hagas chistes ahora, y menos de esa clase, respondió otro. Pedro se dirigió al sacerdote:

—También le hicieron nudos en la garganta? Desde que llegó no ha hablado. Por qué?

—Que se haga la voluntad de Dios y no la mía. Que Dios les perdone.

—Que no somos tan malos.

—Que yo creo...

—Que yo voy a misa cuando puedo.

—Que yo...

—Que nadie hable más, tronó Hipólito. O se van a dejar en-

gatusar por el cura? Acaso no saben que las sotanas y la burguesía son aliados. Si ellos son los únicos que les pagan diezmos.

Machaco recordaba aquello de que "es más fácil que un camello..." y no entendía bien, no quería entender que los curas fueran enemigos de los pobres.

—Padre, díganos un sermón. Esta es una antesala de la muerte y quizás nos sirvan sus palabras aunque sea de entretenimiento.

—Pero "doctor", usted por qué quiere que hable el cura? Acaso piensa venderle el alma?

—Que hable, repitieron dos o tres más.

—Que se calle o lo mato, respondió Hipólito.

—Hagamos un plebiscito, propuso alguno.

Y se hizo el plebiscito, en el cual el jefe fue la oposición.

—Hijos míos... El sacerdote recordó cuántas veces había iniciado así su plática dominical a la querida y sencilla grey de la aldea. Tan mansa y tan fiel en aquellos once años de su apostolado. Ahora repetía esas palabras ante seis malvados, enfrentados a la muerte y que lo retenían allí para que les sirviera de escudo y defensa contra la inminente arremetida del ejército.

—Hijos míos... Al repetirlo esta vez, ya le dolían las ataduras, hundidas en su carne con sevicia.

—Hijos míos... Para Julián y Machuco aquellas dos palabras sabían a miel. Para otros eran un sedante frente a la angustia.

—Yo conocí a mi padre y a mi madre, y nadie puede llamarme así sino ellos. Hipólito creyó ganada la partida y esperó que el sacerdote no continuaría.

—Todos somos hijos de un Padre común, misericordioso y providente. El busca a sus hijos por todos los caminos. Los malos, los descarriados como vosotros, son sus preferidos. Deja el aprisco para buscar a la oveja perdida. Al hijo pródigo lo espera desesperadamente. A todos, los que llegan primero, y los que llegan últimos, les da igual oportunidad. Les paga igual.

—Y qué dicen de eso los oligarcas?

—Cállate "Barbecho", la libertad de expresión es sagrada, dijo Pedro, que ahora empezaba a escuchar con atención.

Las palabras del sacerdote corrían unciosas por el largo salón, llegando a cada corazón por un camino diverso, todas convergiendo en la fe renovada, en el perdón, en el arrepentimiento. El río seguía lamiendo sordamente los cimientos de la construcción y el cerco de la tropa se adivinaba cada vez más cercano. Habían olvidado el plan.

Alguno soltó al sacerdote la mano derecha. La protesta de Hipólito fue airada pero impaciente. Le habían quitado el arma y el mando.

Uno a uno desfilaron junto al sacerdote. Había lágrimas en los ojos de todos, pero en los de Julián solo aparecía el gozo, seco y brillante como una estrella.

—Traidores, gritó Hipólito con desespero y quiso abrir la puerta.

Una, dos, tres, cuatro... no alcanzaron a contar cuantas granadas cayeron sobre el edificio. Cuando los muros se desgajaron el sacerdote agonizante decía:

—"Los últimos serán..."